

EVOLUCIÓN DEL PAISAJE VEGETAL DE SIERRA CABRERA Y SU ENTORNO

AGUSTÍN LAHORA CANO
Licenciado en Biología

I. INTRODUCCIÓN

Almería es la provincia española que alberga mayor número de especies vegetales, con un abanico natural que abarca desde las frías cumbres de Sierra Nevada, hasta los áridos espinares litorales, más relacionados con el norte de África que con cualquier otro paisaje europeo. Sierra Cabrera y su entorno destacan con personalidad propia dentro de la provincia, lo que equivale a decir, que es una de las zonas de mayor interés botánico de Europa.

Este artículo constituye una invitación para pasear por el espacio y el tiempo de Sierra Cabrera y la depresión del Río Aguas, para conocer algunas de las plantas que habitan estos parajes, muchas de ellas endémicas (exclusivas) de este área. También se tratarán sus paisajes más representativos, que la mano del hombre a lo largo de muchos siglos ha transformado hasta su aspecto actual.

II. EL MEDIO NATURAL

Sierra Cabrera es un relieve situado en el levante almeriense. La depresión tectónica en la que se encaja el Río Aguas la limita perfectamente por el norte y noroeste, separándola de la depresión de Vera y de la vecina Sierra de Bédar, la Rambla de Carboneras constituye su límite sur, por el oeste una serie de cerros la conectan con Sierra Alhamilla; por el este limita con el Mar Mediterráneo. La Sierra se extiende por casi 200 km², alcanzando su altitud máxima en el pico Mezquita con 960 metros y el Arráez con 919 metros.

Históricamente se ha distinguido entre la Solana y la Umbría de Sierra Cabrera, que presentan un acusado contraste que confiere una personalidad propia a cada una de ellas. Geológicamente, aunque ambas están conformadas básicamente por materiales del Complejo Alpujárride (zonas Internas de la Cordillera Bética), la solana



Jaral de Sierra Cabrera.

está constituida litológicamente por micaesquistos azul oscuro o negruzcos. En la umbría las rocas calizas se sitúan sobre filitas y cuarcitas, que dan colores violáceos a las zonas basales.

Entre los materiales geológicos que rodean la sierra, destacan las rocas volcánicas de Carboneras, continuación de las presentes en el Cabo de Gata y que forman los espectaculares desniveles que atraviesan la carretera de Carboneras a Mojácar al sur de la sierra. Estos afloramientos volcánicos como otros del sudeste de España han sido asociados a un fenómeno de subducción de corteza oceánica bajo la región levantina Ibérica, en el proceso de colisión África-Europa.

Alrededor de la sierra aparecen margas y areniscas amarillentas, que se formaron en un antiguo medio marino. Estos materiales son muy erosionables, apareciendo modelados con un paisaje de *bad-lands*, o "barranquizos", como aquí les llaman con bastante propiedad. También en los alrededores de la sierra aparecen yesos.

Una divisoria de aguas separa la solana y la umbría, las aguas de la umbría bajan en frescos barrancos hacia el Río Aguas y las de la solana en tortuosos y encajados cauces que drenados por la rambla de Macenas desembocan en el mar tras un corto recorrido.

Esta estructura geológica de Sierra Cabrera tiene una importancia decisiva en su funcionamiento hídrico; las rocas carbonatadas son permeables, presentando fracturas y cavidades de disolución que permiten que el agua de lluvia no se pierda por escorrentía superficial, sino que penetra a través de los casi 200 metros de espesor de estas rocas, hasta alcanzar el contacto con las filitas, rocas laminares e impermeables (la *tierra roya* usada aquí para cubrir tejados por su propiedad de no dejar pasar el agua); en este punto el agua, imposibilitada para seguir su recorrido subterráneo, aflora en los numerosos manantiales que atesora la sierra, todos situados en la zona de contacto entre las calizas y los materiales subyacentes. Esta estructura permite la existencia de un acuífero situado en la zona alta de la sierra, que recoge agua en los meses lluviosos y la va soltando durante todo el año, en un proceso parecido a la acumulación y fusión de las nieves en relieves de mayor altitud. Esta característica de la sierra es fundamental para la flora y por supuesto para los asentamientos humanos, que se sitúan en forma de aldeas y cortijadas en los puntos donde nace el agua, y que son más numerosos en la umbría de la sierra, ya que el basculamiento general de las calizas hacia el norte hace que el agua escurra preferentemente en esa dirección.

Esta compleja estructura de Sierra Cabrera cobra mayor importancia debido a la gran cantidad de precipitaciones que recibe su parte alta. El pluviómetro totalizador situado en el pico Arráez, a 850 metros de altitud, recoge una precipitación media de 470 l/m². Tal cantidad de lluvia es impropia de la zona litoral almeriense; pueblos como Mojácar y Carboneras, situados en un radio menor de 10 kilómetros, apenas alcanzan los 300 l/m² al año, y zonas muy próximas como Vera o Cuevas del Almanzora no llegan a 250 l/m².

Además de las ya comentadas precipitaciones y la insolación, superior a 3000 horas de sol al año, la temperatura es el otro factor climático decisivo para la vida de las plantas. La sierra por su modesta altitud y su proximidad al mar no presenta contrastes térmicos muy acusados entre la base y las zonas más altas, siendo las temperaturas suaves en todo el trayecto, lo que facilita la actividad biológica de las plantas durante prácticamente todo el año, con lo que la productividad de la sierra es superior a la de otras situadas más al interior.

III. LAS PLANTAS DE SIERRA CABRERA Y RÍO AGUAS

La unión de suaves temperaturas y abundantes lluvias, confieren a Sierra Cabrera el carácter de una isla húmeda en medio del mar árido que son las depresiones que la rodean. La existencia de sustratos carbonatados y silicatados (a los que podemos unir los yesos de la depresión de Río Aguas y las rocas volcánicas de Cuerda Chacona) posibilita la existencia de un elevado número de especies vegetales, algunas de ellas muy singulares.

La sierra es refugio de numerosas especies vegetales que no podemos encontrar en su entorno próximo; caso destacado son los árboles y arbustos singulares, silvestres o cultivados, que habitan en la sierra: encinas (también llamadas carrascas o belloteros dulces), alcornoques, quejigos o robles andaluces, álamos blancos y negros, sauces, almeces (con su fruto o almecinas comestibles), hiedra, serbales, nogales, madroñeras, espinos blancos, terebintos, rosas, y referencias a fresnos y castaños.

Sierra Cabrera, posee un carácter insular, también en el sentido literal de la palabra, ya que emergió, junto con las Sierras Alhambilla y Filabres, en el Mioceno, hace al menos 20 millones de años, rodeada en aquella época, por las cuencas marinas de Tabernas-Sorbas al norte y la de Almería al

Sur. Se sucedieron después transgresiones y regresiones marinas que fueron depositando las margocalizas y yesos que rodean la sierra, que permaneció desde entonces enhiesta, aunque con ciertos movimientos verticales y horizontales.

Por tanto, las plantas de Sierra Cabrera y su entorno han evolucionado aisladas durante amplios períodos geológicos, dando lugar a una flora endémica extraordinariamente notable: Por su porte y magnífica floración destaca el «retamón» (*Genista ramosissima*), que la sabiduría popular distingue perfectamente de otras plantas retamoides, a las que asigna nombres diferentes, como «palaín» (*Genista spartioides* subsp. *retamoides*), «retama» (*Retama spaherocarpa*) y «bolina» (*Genista umbellata*). El retamón, está extendido por toda la sierra, aunque es más abundante en la umbría, bajando hasta el Río Aguas, colonizando incluso cultivos abandonados.

Una distribución mucho más restringida tiene el *Limonium estevei*, bella siempreviva, que ocupa un área de apenas dos km² en zonas litorales de la solana. Fue descubierta en 1971 por Fernández

Casas. Por las mismas fechas se describió en los Molinos de Río de Aguas el *Narcissus tortifolius*, escaso sobre yesos, pero que crece abundante en las zonas altas de la sierra, siempre sobre calizas.

Otras plantas notables, que se encuentran también fuera de Sierra Cabrera, aunque con distribución muy reducida, son el *Teucrium cinereum*, que se distingue de otros congéneres por sus flores amarillentas, en lugar del púrpura usual. El *Galium ephedroides*, crece en grietas de rocas calizas, es una planta almeriense occidental. En la sierra y sus inmediaciones podemos encontrar diversas especies de rabogatos endémicas del sureste peninsular, quizá las más destacables sean la *Sideritis alhamillensis* (llamada en la sierra «garranchuelo» o «chichifraile»). También compartida con sierra Alhamilla es la *Salsola webii*. La «melera» o «matagallos» *Phlomis purpurea* subsp. *almeriensis*, abunda en toda la sierra. Un caso también espectacular es el de la modesta planta *Ceratocarpus heterocarpa*, que sólo encontramos en el Río Guadalquivir en la provincia de Sevilla y en nuestro Río de Aguas. Algunas de estas plantas o parien-



Río Aguas.

tes muy próximos aparecen al otro lado del estrecho, en Marruecos y Argelia.

Los yesos cristalinos albergan también endemismos especializados que jamás crecen fuera de este sustrato, entre ellos destacan como verdaderas joyas botánicas el *Teucrium turredanum* y el *Helianthemum alypoides*, descritos en 1969 en las cercanías de Turre por Losa y Rivas-Goday. También exclusivo de estos yesos es el *Chaenorhinum grandiflorum*, diminuta pero bellísima planta. Otras plantas propias de los yesos, aunque con áreas de distribución algo más amplias, son *Herniaria fontanesii* subsp. *almeriana*, y *Santolina viscosa*.

Procedente de Cabo de Gata, *Teucrium charidemi* alcanza las rocas volcánicas de la Cueda la Chacona. Otras plantas andaluzas tienen aquí sus localidades más occidentales, como *Aristolochia baetica*, *Bupleurum gibraltarium*, *Ononis speciosa*, *Antirrhinum barrelieri*, *Ranunculus bullatus*, y *Ranunculus blepharicarpus*.

Abundan en la sierra plantas con propiedades medicinales o aromáticas como: romero, "jedrea", tomillo, "cantigüeso negro". Y plantas comunes en ambientes mediterráneos como: lentisco, palmera (palmito), efedra o "canaillo", "aliaga", melera hembra, jara y estepa.

Todas estas plantas y otras, hasta un millar de especies que probablemente compongan el catálogo florístico de Sierra Cabrera y su entorno, se organizan según sus preferencias ecológicas. O para que se entienda, donde encuentra los nutrientes, temperatura, insolación adecuados, o donde la competencia con otras plantas, animales, o con el propio hombre se lo permite.

IV. HISTORIA Y MEDIO AMBIENTE

En la actualidad la sierra está cubierta por matorrales con árboles, aislados y dispersos, no habrá más de 30 alcornoques en toda la sierra, igual ocurre con las carrascas y robles, siendo muy difícil hablar de alcornocales, carrascales o robledales en la actualidad. Cabe preguntarse si la sierra llegó a estar cubierta, total o parcialmente, de bosques en épocas pasadas, y si estos han sido alterados o eliminados por la mano del hombre a lo largo de los siglos. O más sencillamente, qué aspecto presentaría la vegetación de la sierra y su entorno si la acción del hombre no hubiera existido o no fuera mayor que la de cualquier otro variable ecológica.

Para resolver esta cuestión existen dos aproximaciones, que muy lejos de ser excluyentes de-

ben complementarse. La primera es tratar de recomponer teóricamente la vegetación natural a partir de los fragmentos con aspecto menos alterado que existan en un territorio, y otra estudiar las referencias históricas de la acción humana sobre la vegetación, bien a través de documentos o de la arqueología.

Existen vestigios sobre la antigua ocupación humana de la Sierra y su entorno, en varias cuevas se han encontrado restos del paleolítico. Desde esa época hasta nuestros días la presencia humana ha sido constante. En las depresiones que rodean la sierra se han encontrado restos de las culturas neolíticas, calcolíticas, argáricas, fenicias, romanas, y bizantino-visigodas. Con notables altibajos, tanto la población como su influencia sobre el medio ambiente se fue incrementando en el dilatado período de tiempo que abarcan esas culturas. Sobre el paisaje vegetal que contemplaron estos primeros pobladores de la Sierra y del valle del Río Aguas no conocemos excesivos detalles, aunque recientes estudios van arrojando luz, a través de los restos vegetales encontrados en las excavaciones y de los estudios palinológicos, aunque todavía demasiado escasos y fragmentarios como para tener una imagen global del paisaje vegetal de los últimos 10.000 años.

La conquista islámica supuso la llegada de nuevos pobladores a la zona y con ellos nuevos usos agrícolas y ganaderos, en especial la introducción del regadío y la construcción de terrazas para cultivos. Con la excepción de Mojácar, que existía desde mucho antes, las primeras poblaciones de cierta entidad se asentaron en Sierra Cabrera en época musulmana, concretamente las villas de Teresa y Cabrera, que al parecer se fundaron en el siglo IX, buscando posiciones defensivas que las zonas bajas no ofrecían. Recuérdese también que desde el siglo XIII, el reino de Murcia era cristiano, y esta zona estaba muy cerca de la frontera.

En 1488 se produce la ocupación cristiana de la comarca, Teresa y Cabrera, así como el nuevo núcleo de Turre, continuaron habitadas por mudéjares. Posteriormente, Teresa y Cabrera, debido a enfrentamientos entre moriscos y cristianos, se van despoblando progresivamente, hasta quedar definitivamente sin población en 1570 tras la guerra de las Alpujarras.

En 1593 una parte de sierra Cabrera fue comprada por el capitán Reynaldos de Amezquita, alcaide de la fortaleza de Mojácar, apoderándose, al parecer, de la totalidad de la sierra, lo que provocó continuos pleitos con Vera que consideró ilegítima esta apropiación. De este largo pleito se



Litoral de Sierra Cabrera.

conservan documentos en los que se alude a la vegetación de la sierra, por ejemplo, en el año 1608 el concejo de Vera se dirigió al rey Felipe III, informando que desde que el capitán Reynaldos, poseía Sierra Cabrera se habían deteriorado las haciendas y «cortado y arrancado muchos árboles, especialmente morales, moreras y olivos, de lo que se ha seguido un grave perjuicio a la Real Hacienda por el interés de los derechos de la seda».

Probablemente la sierra permaneció despoblada desde el abandono de Teresa y Cabrera hasta bien entrado el siglo XVII, cuando se fue repoblando de labradores que trabajaban las tierras a censo para los Leoneses, herederos del capitán Reynaldos, surgiendo cortijadas dispersas situadas junto a fuentes de agua, germen de las poblaciones que posteriormente proliferarán por toda la sierra.

El resurgimiento del conflicto entre Vera y los Leoneses a mediados del siglo XVIII aporta datos sobre la población y su impacto sobre la vegetación de la sierra. Vera pretendía vender los pastos que había más allá de la Solana de Sierra Cabrera, en la zona del río Alías y la Mesa de Roldán, pero los Leoneses se lo impidieron llevando a cabo una intensa colonización en esa parte de la sierra, desbrozando y rompiendo el monte bajo, y reali-

zando abancalamientos, para que se instalaran allí nuevos pobladores. Por esta razón en 1753, Vera denunció ante la Real Chancillería que los colonos nuevamente establecidos les habían usurpado los pastos, la sentencia fallada fue favorable a Vera. A finales del siglo XVIII, Sierra Cabrera contaba ya con todas las poblaciones que posteriormente incrementarían su número de habitantes.

En el siglo XVIII los intereses de la Marina española por controlar la madera de los cada vez más escasos bosques llevó a la corona a dictar Ordenanzas de Montes, en concreto, Fernando VI, a través del marqués de la Ensenada, dicta la *Real Ordenanza de Montes* de 31 de enero de 1748, que obligaba, entre otras cosas, a realizar recuento de los árboles de interés para la Marina, en una distancia de 25 leguas al mar. Vera y Mojácar, en cuya jurisdicción se incluía Sierra Cabrera, pertenecían al Departamento de Marina de Cartagena, que envió a los Intendentes a reconocer los montes de su jurisdicción. Estos Intendentes contrataban a lugareños que recorrían los montes haciendo recuento de árboles y redactando informes.

Con las lógicas reservas en cuanto a la fiabilidad de estos recuentos, constituyen un punto de partida para el estudio de la evolución del paisaje forestal en nuestra zona en el último cuarto de milenio. Los árboles declarados en el recuento de 1748 fueron:

Especies de árboles	Vera	Mojácar
Robles	7	
Encinas	801	
Nogales	7	
Chopos	8	
Almeces	71	
Alcornocques	1500	
Álamos blancos	381	681
Álamos negros	143	
Pinos	4000	

Los estadillos donde se recogen los recuentos de árboles incluyen también comentarios sobre los pueblos visitados, en concreto de Vera (790 vecinos) se dice: «*Dos fuentes riegan la huerta de esta ciudad, cuyo terreno produce álamos, chopos y almeces. Los alcornocques pueden aumentarse, pero de pinos nunca será abundante según demuestra al presente.*».

En cuanto a Mojácar (420 vecinos) dice: «*En la huerta de Turre, aldea de esta ciudad, puede fomentarse los álamos con el riego de una fuente. Cójese algún cáñamo y no producen árboles sus montes.*»

La Ordenanza de Montes preveía sanciones para los que destruyeran el arbolado y obligaba a solicitar permiso a las autoridades de Marina para cortar árboles, debiendo en todo caso el vecino plantar tres árboles por cada uno que cortase. Es posible, aunque es un trabajo que está por realizar, seguir el rastro de la destrucción del arbolado a través de las sanciones y los permisos para cortas de madera. Por ejemplo, en el Archivo Municipal de Vera encontramos un expediente de esta época, sobre la concesión a un particular del abasto de carbón de lentisco en los Montes de la Provincia de Vera, que se necesita para los Navíos del Rey, que dice: «...fabrique por tiempo de un año en los Montes de su Jurisdicción las Citadas dos mil arrovas de Carbón mensuales de Lentisco y Monte Vajo que se necesitan para cumplimiento del abasto de los Navíos de la Real Armada...»

La Ordenanza obligaba también al plantío de tres árboles por cada vecino. En Vera y Mojácar sólo se plantaron álamos, aunque sin mucho éxito, ya que se fueron secando, según testimonios encontrados en archivos de la época. Los requerimientos de agua para riego de este árbol provocaron conflictos con los regantes que necesitaban el agua para sus cultivos. Además el hecho de que el plantío fuese sufragado por los vecinos, mediante el aporte de una suma de dinero, y que se limitase el uso de la madera para construcción hizo impopular la Ordenanza, que no consiguió frenar el deterioro de los montes.

Antes bien, la destrucción del arbolado durante el siglo XVIII se incrementó, pues al consumo de madera y leña para la marina, hay que sumar el asentamiento de una población creciente que encontraba en la roturación de nuevas tierras, la única manera de incrementar la producción de alimentos.

Durante el siglo XIX continuó el crecimiento demográfico en Sierra Cabrera y su entorno, que ya contaba con una población estable agrupada en las numerosas aldeas y pueblos que actualmente conocemos, llegando a contar, según un censo de 1873 con 1228 habitantes. Además de la agricultura y la ganadería, y la extracción de productos como la palma y el esparto, la población de la sierra se dedicaba al carboneo de la leña, que demandaba la intensa actividad minera que vivió la provincia de Almería durante este siglo. El carbón vegetal era un bien escaso que incrementó su precio, llevando a los carboneros a buscar su mercancía a lugares cada vez más lejanos e inaccesibles. Por otra parte la enorme población humana dedicada a la minería en la vecina sierra Almagrera, así como los numerosos animales usados en la extracción y transporte del mineral necesitaban



Bellotero dulce (*Quercus rotundifolia*)

alimentos que eran suministrados por sus vecinos, que expandieron sus terrenos de cultivo mucho más allá de sus necesidades de subsistencia.

La población de Sierra Cabrera y el Río Aguas se mantuvo más o menos estable hasta mediados del presente siglo, iniciándose en esa época la emigración que llevó al casi total abandono actual de la zona. En el presente, llamados por otros intereses, relacionados principalmente con el ocio, se comienzan a volver los ojos hacia la sierra y sus recursos.

V. EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA VEGETACIÓN

Con la excepción de los trabajos llevados a cabo en las excavaciones arqueológicas, sobre los ecosistemas prehistóricos, se carece de estudios detallados sobre la vegetación del pasado, tan sólo en los últimos tres siglos los datos históricos arrojan un poco de luz al paisaje vegetal de Sierra Cabrera y su entorno. Tomando como referencia el recuento de árboles realizado en las visitas de montes de 1748, y comparando aquella situación

con la actual, vemos un panorama totalmente diferente. Mojácar contaba con 681 álamos blancos, lo que suponía probablemente la existencia de un bosque de ribera en las márgenes del Río Aguas, que en la actualidad ha desaparecido por completo.

En Vera a cuya jurisdicción pertenecía Sierra Cabrera, existían 7 robles, en la actualidad se conserva un viejo roble y unos 20 jóvenes. En tierras de Vera existía también una alameda con un total de más de 500 álamos entre blancos y negros, otros árboles como nogales, almeces no eran abundantes en aquella época ni en la actualidad, aunque aparecen algunos ejemplares dispersos por la sierra. A pesar de haber 4000 pinos no parecen abundantes en los montes de Vera, lo cual es cierto si comparamos este número con el de otras localidades cercanas como Cuevas del Almanzora. Llama la atención las 800 encinas y sobre todo los 1500 alcornoques de sierra Cabrera, cuando en la actualidad no quedan más de 20 pies de alcornoque dispersos por Sierra Cabrera, y escasas encinas viejas.

Se puede concluir, que entre 1750 y 1850 se produce la casi total destrucción del arbolado de



Helianthemum alypoides. Endemismo de los yesos de Río Aguas.

Sierra Cabrera y de las alamedas que debían existir en el Río Aguas y las fuentes de la comarca. Hecho abundantemente reflejado por la constante preocupación de los ciudadanos e instituciones del siglo XIX por la destrucción de sus montes, en lo que ha constituido uno de los mayores desastres ecológicos que afectó a toda España, tras las desamortizaciones decimonónicas.

Caso aparte son los yesos, que poseen una vegetación especializada, con abundantes paleoendemismos, adaptada a las duras condiciones de vida que imponen estos sustratos y que habrían conservado su aspecto a través de los siglos.

VI. ESTADO ACTUAL

La pérdida de los bosque y masas arbustivas en Sierra Cabrera ha sido relativamente reciente, por lo que en muchas zonas se conservan profundos suelos forestales, capaces de regenerar, si el fuego y la ganadería lo permiten, la vegetación que poseían hasta hace poco. En las zonas altas de la sierra se observa la regeneración del carrascal.

La existencia y persistencia de pies aislados, es fundamental para este proceso de regeneración, con la excepción de los alcornoques que, por encontrarse en el límite de su requerimiento ecológicos y por la escasez de plantas madre, difícilmente podrán volver a ocupar la extensión anterior sin la intervención humana.

Los robles nunca fueron abundantes en sierra Cabrera, los recuentos nos hablan de siete ejemplares. Esta especie no soporta una sequía estival extrema, por lo que sólo aparece en lugares donde puede disponer de agua en el suelo durante el verano, como en los barrancos del Tiján y el Nacimiento.

Una gran parte de la sierra está cubierta por matorrales más o menos densos, coscojares en las zonas más altas y palmitares en las zonas medias y bajas, así como otro tipo de matorrales, como aulagares o jarales en la solana. Los retamares de sierra Cabrera tienen una gran personalidad por contar con especies como *Genista ramosissima* y *Genista spartioides* subsp. *retamoides*, que ocupan laderas con suelos profundos o escarpes pedregosos respectivamente.

Por otro lado, los barrancos y torrentes, con sus zonas húmedas o más o menos encharcadas, poseen una vegetación especial, bien diferente de las resacas ramblas y barrancos de Almería, debi-



Cortijo de El Dondo, un des poblado de Sierra Cabrera.

do al aporte casi continuo de agua, cómo el magnífico bosque de ribera que aparece en el barranco de el Dondo, constituido por álamos y chopos, que dan un fresco ambiente en su interior.

La variedad de comunidades vegetales en Sierra Cabrera es enorme, a pesar de su alto grado de alteración, y, además del arbolado, posee otras comunidades con plantas de modesto tamaño, pero de un enorme interés estético y científico, como tomillares (con multitud de endemismos, como *Teucrium hyeronimi*, *Sideritis alhamillensis*), espartales o las comunidades de *Limonium estevei*.

Los roquedos y paredes rocosas verticales, que tanto abundan en la sierra, poseen una vegetación especial capaz de introducir sus raíces en la dura roca y vivir en estos ambientes, en concreto las comunidades rupícolas de Sierra Cabrera cuentan con interesantes endemismos y rarezas, como

la *Campanula velutina* var. *almeriensis*, *Rhamnus velutinus* subsp. *almeriensis*, *Teucrium cinereum*, etc.

La pérdida de la cultura ancestral y el abandono de las cortijadas de la sierra ha conllevado la pérdida de muchas costumbres y tradiciones raíces: en el caso que nos ocupa la sabiduría popular del uso de las plantas por el hombre. Usos que sólo perduran en la memoria de algunos serranos, y que de no poner urgente remedio perderemos totalmente como ya perdimos nuestros bosques.

Concluyo con las palabras de Toribio Pérez Bustamante, que en una *Instrucción* dada en 1656 deja ya traslucir la preocupación por el medio ambiente:

«... e importa mucho la conservación de los montes, ya porque no hay lugar bueno sin ellos y también porque debemos conservarlos a los venideros, como los pasados los conservaron a los presentes.»